

La **C**ostumbre
de **M**orir



Primera edición en REINO DE CORDELIA, febrero de 2015

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Raúl Guerra Garrido, 1980

Ilustración de cubierta: © Fernando Vicente, 2015



Con la colaboración del área de Cultura
del Ayuntamiento de Castellón,
dentro del programa Castelló Negre

Castelló
Negre 2015

IBIC: FF
ISBN: 978-84-15973-40-9
Depósito legal: M-1426 -2015

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Impresión y encuadernación: Técnica Digital Press
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La Costumbre de Morir

Raúl Guerra Garrido



Índice

Noticias de prensa	9
31 de julio	15
1 de agosto	23
2 de agosto	31
3 de agosto	41
4 de agosto	51
5 de agosto	65
6 de agosto	73
7 de agosto	85
8 de agosto	93
9 de agosto	101
10 de agosto	109

11 de agosto	121
12 de agosto	127
13 de agosto	137
14 de agosto	145
15 de agosto	157
16 de agosto	161
17 de agosto	173
18 de agosto	179
19 de agosto	193
20 de agosto	201

Guardia civil muerto en Eibain

Eibain, 20. El guardia civil don Gonzalo Hernández resultó muerto en la tarde de ayer a consecuencia de los disparos de pistola efectuados por un individuo que le sorprendió cuando regresaba de un paseo con su familia por los alrededores del casco urbano. El señor Hernández, de 44 años de edad, natural de Quintanapalla (Burgos), padre de cinco hijos, se encontraba fuera de servicio disfrutando de un permiso reglamentario. A ciencia cierta no se sabe si fueron uno o varios los individuos que le dispararon. Las versiones son confusas al coincidir con un nuevo incendio, al parecer provocado, en el pinar próximo al lugar de los hechos. Ninguna organización ha reivindicado aún el atentado. Más información en páginas interiores. (*Deia.*)

Apuñala a dos personas sin mediar palabra

Barcelona, 20. Don Andrés de la Hera López y don Ricardo Marcos Gutiérrez fallecieron esta madrugada al ser apuñalados por un individuo, de unos treinta años y aspecto agitado, en el bar Coto de la Plaza de la Reina. Los hechos se produjeron cuando uno de los heridos se dirigió al agresor con el fin de preguntarle la hora; éste, sin mediar palabra, le asesó una puñalada en el bajo vientre. A continuación una de las personas que se encontraba en el citado bar intentó separarlos y recibió otra puñalada mortal del desconocido que, con impresionante sangre fría, acabó su consumición y salió a la calle sin que hasta el momento haya sido localizado. (*La Vanguardia.*)

Tiroteo en una joyería

Madrid, 20. Dos atracadores penetraron en la mañana de ayer en la joyería Henares, situada en la calle Barranca Bermeja, y tras amenazar con una escopeta de cañones recortados al propietario, que se encontraba solo en el establecimiento, consiguieron atarlo y desvalijaron la caja fuerte con un botín de unos cuatro millones de pesetas en dinero y joyas. El propietario logró deshacerse de las ataduras y con una escopeta de caza salió en persecución de los delincuentes a los que alcan-

zó poco después. Los atracadores esgrimieron su escopeta y entonces el joyero efectuó varios disparos que alcanzaron a los huidos, de resultas de los cuales Ángel Palma Galíndez, de veintiún años de edad, alias *el Chato*, falleció hacia la media noche en un centro médico de la capital. (*El País.*)

El hombre muere por hábito.

HEGEL

31 de julio

CRUZA CON PASO RÁPIDO el puente, más por exceso de energía que de prisa, ha calculado a la perfección el tiempo de su aventura y va a cumplir el plan con minuciosidad de orfebre, no tiene urgencia ni nervios y menos ahora, en el prólogo, para demostrárselo se detiene con las manos aferradas a la barandilla y contempla el deslizarse del Nervión a sus pies. Una capa de óxido se desprende del borde metálico y se pierde en las aguas del mismo color ferruginoso.

Muchas cosas han cambiado desde que inicié el proyecto, desde que tengo uso de razón, piensa el joven, casi todas menos las importantes que bien podrían resumirse en esta fétida cloaca industrial con su podredumbre creciendo hasta el ahogo. Mucho antes de yo nacer, según dicen, se cayó un ilustre prócer de sotana que se dedicaba a recuperar canciones populares, salvo las eróticas, claro, y si no estaría ya contaminado el cauce que a los pocos días murió como consecuencia de los bucheros mefíticos y eso que un espontáneo se

arrojó para salvarle y consiguió que no se ahogara, al espontáneo, mientras ejecutaba su buena acción, le robaron la cartera, había dejado la chaqueta sobre el pretil para poder nadar con evidente ignorancia de lo que es una vía pública. Cambió el régimen político, pero no la naturaleza humana, la mía tampoco. Solo tengo que objetivar mis sensaciones, transformarlas en datos computables y obrar en consecuencia amoldándolas a la excursión más divertida, loca y decisiva de mi vida, la verdad es que estoy entrenado y puede que me excite en algún sentido, entre las piernas, pero no en el de perder los nervios.

Termina de cruzar el puente y asciende sobre el panorama nostálgico de la estación de Achuri, sobre las huellas del Caminos de Hierro del Norte de España, las letras en bronce de los Euskal Trenbideak, sigue hasta la calle de Las Cortes, el barrio chino de Bilbao, el más sórdido del mundo libre. Por la viruela de las fachadas chorrea la humedad de la lluvia y el horror habituado de los vecinos, cada puerta es un bar con chicas ofreciendo su género, tan surtido como el de los vendedores que brujulean entre el abigarrado tráfico: preservativos, claveles, grifa, relojes, pelucas, polvos milagrosos, lotería. Le asalta la gitana de los décimos.

—Anda, buen mozo, que sale hoy. Cada uno un kilo de verdes.

—Déjalo, ya soy millonario.

—Desgracias, más que desgracias, así te engorde la cabeza otro kilo por cada uno que acabas de perder.

El joven sonrío y pasa de largo los Gato Negro, Bataclán, Royalti, Neguri, hasta detenerse ante la puerta herméticamente cerrada del Club Palanca. Se admiten tarjetas del

Diners. La Palanca es el alias del barrio, a los bilbaínos les gusta el término palanca, están de acuerdo con sus leyes, potencia es a resistencia, como el acero es a lo vasco. Empuja y entra.

El interior del club contrasta de forma brutal con el clima de la calle, la decoración es lujosa, cara y a pesar de todo de buen gusto, tapizado en terciopelo rojo, lámparas modernistas y óleos de desnudos, ofrece un deliberado aire decadente. El público también choca, interclasista como si se tratara de una reunión de un partido patriótico o un sindicato vertical. Lo único que se pide en el reservado, el derecho de admisión, es llevar el dinero en metálico o la tarjeta de crédito. Las profesionales, casi todas jóvenes, el mayor contraste, son auténticas, no hay mariconas ni lesbianos, bien vestidas lucen escotes vertiginosos y uno se pregunta cómo hacen para llegar hasta aquí sin que las asalten por el camino, lo más probable es que tengan coches blindados y una entrada secreta.

—Te lo como entero, cariño.

Los retazos de conversación, más procaces que ingeniosos, llegan sueltos girando alrededor del mismo tema. Acuéstate, creo que te amo. Apoya la terapia de grupo, ven a mi orgía. Eso no lo dicen las chicas sino los graffiti de la decoración.

Busca a su amiga Flor, ha decidido que sea su compañera de viaje. Está ocupada, la ve charlando con un hombre maduro de los que al primer golpe de vista la capacidad económica se les supone y de la otra se duda. Un gesto de “hola, aquí estoy” y para darle tiempo a despedirse pide un cubalibre. “De ron”, parece mentira que todavía haya que explicarlo, los cuba-

tas son de ron, con ginebra o vodka son otra cosa. A la alta burguesía le gusta venir a La Palanca, quizá impulsada por el mismo morbo snob que en Barcelona la conduce al Molino cuando en El Liceo se acaba *Madame Butterfly*.

Bebe sorbo a sorbo mientras su vista se acomoda a la roja penumbra. Este tío es un plomo, piensa, como no le preocupa el taxímetro si no le destilo me deja al sereno. volatílicémosle. Se acerca a la pareja imitando la sonrisa macarra y el ademán airado.

—Eh, tú, largo.

—Pero qué dice, es un sitio público, ¿no?

—No. Quiero hablar con la moza, así que difuminándose que para luego es tarde.

—Será si ella quiere. ¿Usted que dice, señorita?

—Yo no digo nada.

—Pero no querías ir a... .

Flor se inhibe, el no tomar partido es una norma elemental de supervivencia.

—Lo que decidáis vosotros.

—Bueno, en realidad ya me iba.

Al hombre maduro no le gustan los escándalos, tampoco le gusta la cara sin afeitarse del joven y no merece la pena. Se marcha algo nervioso, más cuando el barman le reclama la consumición.

—Disculpe. Tome, quédese con la vuelta.

—He ahí un hombre precavido.

—Para ya, Gorka, ¿por qué lo has hecho?

—¿El qué?

—Espantarme la clientela.

—Quería hablarte. Anda, ven, vamos a una mesa.

Se sientan en los únicos pufs libres de una mesa baja, no es el sitio idóneo, de esquina con las espaldas guardadas, pero no importa, el entrecruzarse de conversaciones impermeabiliza a unas de otras, son secretos a voces a los que la luz tenue y la música de fondo da visos de irrealidad, “mi vida”. La chica se instala cómoda facilitando con las manos el desliz de la estrechísima falda muslos arriba.

—¿No te importa que pida un paquete de Dunhill, verdad? Me has sorprendido porque me dijiste que eras Libra y así no actúan los Libra, así actuaría un Aries como yo, o no, yo hubiera gritado y tú apenas levantas la voz, los Aries somos mucho más impulsivos.

—Por eso me gustas. Oye, habrá que hacer algo, esto lo cierran mañana.

—Sí, cerrado por vacaciones.

—¿Y qué vas a hacer? Me dijiste lo de Aries y que no tenías ningún plan.

—De fijo no lo sé, estoy medio flota. Ver a mi niño, jugar con él, tomarme unos días de descanso, ése es el mejor proyecto que tengo.

—Proyecto.

—Bueno, proyecto.

—Mira, yo me voy quince días al Mediterráneo y necesito compañía, nos llevamos bien así que, ¿por qué no te vienes conmigo?

—No lo sé, amante, solo hemos estado un par de veces juntos y...

—Tres.

—Bueno, y la de hoy cuatro.

—Hoy no vamos a la cama, hoy solo quiero que me aceptes la invitación veraniega.

—¿Invitación? Sabes, una es po, no, profesional, muy profesional y te iba a costar un huevo de la cara, tenemos cierta amistad y por eso me sabrá mal tenerte que cobrar tanto, no eres un tío rico.

—En vacaciones millonario.

—¿Me comprendes lo de la profesión?

—Sí, yo también soy un buen profesional.

—¿Qué eres? Si me lo has dicho no me acuerdo.

—Digamos que especialista en mercancía de precisión.

—Ganarás una pasta, pero no tanta. Soy un lujo.

—Claro que eres un lujo, por eso quiero que vengas conmigo. Anda, no te preocupes por el dinero, ¿aceptas?

—No lo sé, no estoy muy convencida, quisiera descansar y a ti te da igual una chica que otra. Si te dijera que no, ¿qué?

La ha elegido tras un minucioso examen, en su opinión es, con diferencia, la de más clase y carácter del club, no se explica bien por qué está alternando en un sitio como La Palanca cuando puede deslumbrar donde le apetezca y esa es una buena razón para seleccionarla, necesita algo fuera de la norma, alguien a quien le encante el disparate y lo asuma, que tenga la costumbre de aceptar la responsabilidad de sus decisiones arbitrarias. La barbilla de la joven es firme y su nariz respingona una antena sensible que puede dar mucho juego, es la mujer que necesita, han sido tres largas sesiones de observación.

—No me da igual una que otra, o voy contigo o no voy de vacaciones.

Por más profesional que sea le gusta el halago, piensa Gorka, sé que va a aceptar, pero en última instancia, si no lo hiciera, tampoco pasaría nada, en las agencias que ofrecen azafatas de compañía hay donde elegir. Incluso tiene una de reserva.

Esta noche llamará anulando el contrato, está seguro de su instinto, es un experto en sutiles mecanismos de relojería, aunque ningún engranaje es tan complicado como el de una mujer con la que no se ha podido cruzar la mirada a la luz del día.

—Eso es una chiquillada.

—No es ninguna chiquillada, es una oportunidad que le damos a nuestros horóscopos.

Es una trampa, sabe que el tema le entusiasma, así es que estira las piernas, enciende un pitillo y soporta el discurso zodiacal de la muchacha entornando los párpados, flotando, dejándola hacer en la barahúnda de copas y contratos alrededor.

—Libra combina bien con Aries, son signo de aire y signo de fuego, un nativo del aire puede incrementar la potencia de una persona perteneciente a uno de fuego, por eso puedes estimular mi vitalidad que falta me hace, yo soy la valentía, pero tú la justicia, quién lo iba a decir, una buena combinación, amante, y sí que nos adaptamos bien a nuestros signos, me parece y no suelo equivocarme de meridiano, a mí si me hacen una guarrada exploto, soy de prontos tremendos, tú eres de lentos, más sereno, sabes guardártela y eso me hace falta, serenidad, por eso nos llevamos bien, claro que nos conocemos superficialmente, de sábana y bidé, poca cosa, a la hora del desayuno es cuando nacen las dificultades, pero inspiras confianza, das serenidad, no vas al bulto como una fiera, como todos, y sí que me vendrían bien unas vacaciones sin alkaseltzer...

Un largo discurso repitiendo una y otra vez las mismas consideraciones con las que trata de convencerse, hasta agotar el pitillo y el segundo cubalibre.

—Tengo reservada una habitación doble, cara al mar, en un hotel de fábula.

—¿Por qué no lo discutimos en la cama? Tendría que hacerme un hombre más para cubrir el presupuesto.

—No tengo tiempo, palabra. ¿Te hace lo del hotel? Cosa fina por todo lo alto.

—¿Podré llevar a Bitter? Es mi perro.

—Cinco estrellas. Primera especial. No perros. No niños.

—Sin Bitter...

Un suspenso que se puebla con las frases vecinas, “te lo hago todo, cariño”. La chica agita sus cabellos para despejar la duda y habla con un matiz voluntarioso.

—Está bien, acepto. ¿Cuántos días?

—Hasta el veinte.

—Mierda. ¿No es mucho?

—No, que va. ¿Te sigo llamando Flor?

—Claro.

—Flor será tu nombre de guerra y yo preferiría llamarte por el auténtico de pila.

—De guerra y de paz, cuando una se llama así no necesita inventar nada exótico.

—Entonces hecho.

Firman el contrato con un apretón de manos, Gorka no se molesta en regatear un precio que desconoce, da prestigio, y mira directamente a los ojos de la chica para seguir inspirando confianza. Quien no comprende una mirada tampoco comprenderá una larga explicación, piensa, pero por fortuna más vale que no entienda de qué va la cosa. ¿De qué color tendrá los ojos? Cualquiera que sea mi primer objetivo está cubierto. Se despiden con protocolarios besos de mejilla.

—Si me dejas plantada te capo.

—Lo mismo digo.